

# **El intersticio de la víctima-victimario: un análisis de los procesos de subjetivación de cuatro desvinculados de grupos armados en Colombia<sup>1</sup>**

---

**Juan Carlos Amador-Baquiro<sup>2</sup>**

Universidad Distrital Francisco José de Caldas, Bogotá, Colombia<sup>3</sup>  
jcarlosamador2000@yahoo.com

Recibido: 11 de diciembre de 2009

Aceptado: 14 de enero de 2010

Documento final recibido: 10 de marzo de 2010

<sup>1</sup> Este artículo revela algunos hallazgos de la investigación *Memoria y conflicto en Colombia: una aproximación desde sus actores infantiles y juveniles*, desarrollada por el grupo *Emilio* de la Universidad Distrital Francisco José de Caldas en 2008 con el apoyo del Instituto para la paz, la pedagogía y el conflicto urbano –IPAZUD– de la misma universidad. Agradecimiento especial al profesor Carlos Jilmar Díaz, coordinador de la investigación, por su apoyo permanente.

<sup>2</sup> Candidato a doctor en Educación, Universidad Pedagógica Nacional, Universidad Distrital Francisco José de Caldas y Universidad del Valle. Magister en Educación, Universidad Externado de Colombia. Licenciado en Ciencias Sociales, Universidad Distrital Francisco José de Caldas.

<sup>3</sup> Profesor, Facultad de Ciencias y Educación.

## **El intersticio de la víctima-victimario: un análisis de los procesos de subjetivación de cuatro desvinculados de grupos armados en Colombia**

### **Resumen**

El siguiente artículo aborda los procesos de subjetivación de cuatro desvinculados de grupos armados ilegales, a través de la indagación de experiencias situadas tanto en su condición de víctimas como de victimarios. En la primera parte, con el fin de ubicar el objeto de la investigación y basados en algunos debates y estudios preliminares, se hace una descripción general de la compleja situación de estos sujetos -antes, durante y después de su paso por el grupo armado-. En la segunda parte, se avanza en el concepto de subjetividad atendiendo a dos planos de análisis: el sociocultural y el psíquico. En la tercera parte, se presentan algunos de los referentes epistemológico- metodológicos que orientaron la investigación, así como el análisis del corpus. Finalmente, se presenta una serie de conclusiones, a través de la voz de estos niños, niñas y jóvenes, que intentan puntualizar el funcionamiento de estos dos niveles incardinados en sus procesos de subjetivación.

**Palabras clave:** subjetividades, desvinculados, conflicto armado, víctimas-victimarios, marcos sociales de violencia, procesos psíquicos.

## **The Victim-Victimizer Interstice: An Analysis of Subjectification Processes within Four Individuals Disassociated from Armed Groups in Colombia**

### **Abstract**

The article that follows addresses the subjectification processes undergone by four individuals disassociated from illegal armed groups, through enquiries to their experiences both in the victims and victimizers conditions. In the first part, in order to identify the research purpose and based on some debates and preliminary studies, an overview of these subjects' complex situation is presented —before, during and after their stay in the armed group lines—. In the second part, some advances on the subjectivity concept are made by addressing two analysis plans: socio-cultural and psychic. In the third part, some of the epistemological-methodological referents orientating this research are presented, as well as a corpus analysis. Finally, a set of conclusions are provided, through those boys, girls and youth's voices, aiming to point out the functioning of these two levels embedded in their subjectification processes.

**Keywords:** subjectivities, disassociated, armed conflict, victim-victimizer, social frames of violence, psychic processes.

## **O interstício da vítima - algoz: uma análise de processos de subjetivação de quatro egressos de grupos armados na Colômbia**

### **Resumo**

O artigo a seguir aborda os processos de subjetivação de quatro egressos de grupos armados ilegais, através da investigação de experiências localizadas em sua condição tanto de vítimas como de algozes. Na primeira parte, a fim de localizar o objeto da pesquisa e baseando-se em alguns debates e estudos preliminares, é realizada uma descrição geral da complexa situação destes sujeitos - antes, durante e depois de sua passagem pelo grupo armado. Na segunda parte, se avança no conceito de subjetividade respondendo a dois planos de análise: o sociocultural e o psíquico. Na terceira parte, apresentam-se alguns dos referenciais epistemológicos e metodológicos que orientaram a pesquisa e a análise. Por fim, apresenta-se uma série de conclusões, por meio das vozes desses garotos, garotas e jovens, que tentam concretizar o funcionamento desses dois níveis em seus processos de subjetivação.

**Palavras-chave:** subjetividades, desvinculados, conflito armado, vítimas-algozes, marcos sociais de violência, processos psíquicos.

Diversos han sido los trabajos que se han referido a la situación de los niños, niñas y jóvenes, tanto vinculados como en proceso de desvinculación, de los grupos armados en Colombia. De hecho, sectores académicos como el *Observatorio de Infancia* de la Universidad Nacional de Colombia, así como instituciones dedicadas a la intervención psicosocial como el Instituto Colombiano de Bienestar Familiar y algunas Organizaciones No Gubernamentales, han realizado balances descriptivos y analíticos asociados a las dimensiones jurídico-políticas, éticas y sociológicas de este fenómeno. Podría señalarse incluso que buena parte de las producciones académicas investigativas al respecto, han surgido en las últimas dos décadas como consecuencia del posicionamiento de la Convención de los Derechos del Niño (CDN) y por cuenta de una serie de dispositivos normativos que, en el caso colombiano, han orientado las discusiones hacia las nociones de niños - sujetos de derechos, la corresponsabilidad del Estado, la familia y la sociedad frente a la infancia, la restitución de derechos, entre otros. Todo esto en el marco de la implementación de la doctrina de la Protección Integral, ampliamente difundida en el contexto del Derecho Internacional.

Los esfuerzos realizados por organismos de control como la Defensoría del Pueblo, la Procuraduría General de la Nación y por varias Organizaciones no Gubernamentales, Centros de Investigaciones y Universidades, se han dedicado a mostrar el fenómeno en dos perspectivas. Por un lado, a producir investigaciones que den cuenta de la situación de estas infancias en medio del conflicto armado interno con miras al establecimiento de programas integrales de rehabilitación, resocialización y prevención, basados en los fundamentos jurídicos de la Doctrina de la Protección Integral, la cual se concreta en la denominada Restitución de Derechos. Y de otra parte, a denunciar públicamente ante la comunidad nacional e internacional, los niveles de crecimiento del fenómeno y la actitud pasiva del Estado colombiano, el cual, a pesar de haber diseñado toda una plataforma jurídica atendiendo a estas prescripciones internacionales, no ha puesto a estos sujetos como prioridad, ni ha implementado programas integrales que trasciendan las acciones asistenciales que actualmente se les brinda<sup>4</sup>.

La vinculación de niños a las actividades propias de la guerra es un fenómeno que actualmente se puede ubicar en contextos de conflicto interno, regularmente inscritos en prácticas que van desde el uso de niños informantes y auxiliares de las logísticas propias de la guerra hasta

<sup>4</sup> El Estado colombiano ha dispuesto dos iniciativas para atender a esta población. Para los menores de edad, el Instituto Colombiano de Bienestar Familiar ha implementado un programa de protección, a través de operadores, quienes realizan un trabajo de reincorporación mediante intervención psicosocial y el desarrollo de programas educativos formales y no formales. En el caso de los mayores de edad, quienes se han acogido a las condiciones de la ley 975 de 2005, también conocida como ley de Justicia y Paz, la Alta Consejería para la Reintegración Social, ofrece programas de reinserción social y productiva y, en algunos casos, programas educativos formales y no formales.

el reclutamiento de niños que, incorporados en las filas, desarrollan las labores correspondientes a los soldados combatientes<sup>5</sup>. Aunque el Derecho Internacional y el Derecho Humanitario prohíben y repudian estos hechos, varias son las sociedades que continúan utilizando niños en las guerras contemporáneas, pero que especialmente llaman la atención por mantener una tendencia creciente en los procesos de enfilamiento, ya sea en las cuadrillas de los ejércitos estatales o en las de los grupos armados irregulares, pese a la implementación de procesos de desmovilización como los realizados en Colombia, en sus diversas condiciones y procedimientos.

Dos de los informes más difundidos en Colombia son de la Defensoría del Pueblo en el año 2006 y del Plan de Naciones Unidas para el Desarrollo (PNUD) del año 2003. Desde diversas perspectivas, estos trabajos revelan que el fenómeno de la incorporación de niños a los grupos armados ilegales es una vieja práctica en Colombia, que no sólo responde a una historia social y política que está completamente sumergida en el circuito del conflicto armado, sino que responde a los órdenes instalados dentro de las comunidades locales, a través de autoridades no estatales que establecen condiciones y procedimientos para que la vida cotidiana de un pequeño municipio o vereda funcione bajo sus propias reglas de juego.

Los rasgos más comunes de niños, niñas y jóvenes combatientes que se han identificado en estas investigaciones, se concentran con frecuencia en tres aspectos fundamentales. En primer lugar, son niños y jóvenes rurales que se van incorporando al grupo armado progresivamente, es decir, su vida ha transcurrido en medio de la existencia y las operaciones de estos grupos en la región en donde viven, lo que les otorga cierta familiaridad. En segundo lugar, las investigaciones en referencia señalan que aunque es difícil definir un promedio de edad de los que actualmente se encuentran vinculados, se estima que las edades oscilan entre los 11.5 y 12.9 años, y que las actividades de éstos, dentro de los grupos armados, regularmente están asociadas al manejo y transporte de minas y explosivos, labores de inteligencia, logística y transporte de víveres y alimentos<sup>6</sup>. Aunque un porcentaje importante de los reclutados realiza este tipo de labores, buena parte de las muestras empleadas en estas investigaciones manifiesta haber empuñado armas y haber participado en enfrentamientos, hostigamientos y prácticas militares.

<sup>5</sup> Países como Liberia con cerca de 21.000 niños soldados o República Democrática del Congo con 30.000, son tan sólo una muestra de este dramático fenómeno, que en el mundo llega a 300.000. Sin embargo, aunque en Colombia se habla de un rango de 6.000 a 14.000 niños reclutados, siendo menor a los dos casos anteriores, se estima que mientras en estos dos países la proporción de niños en relación al número total de combatientes está entre un 20% y 40%, en Colombia esta proporción se encuentra entre 16% y 34%, con tendencia a su incremento. Amnistía Internacional. Obtenido el 23 de mayo de 2008 de <http://www.es.amnesty.org/noticias/noticias/articulo/>

<sup>6</sup> Datos del primer informe exploratorio sobre el uso de niños, niñas y adolescentes para los propósitos del conflicto armado en Colombia (ver Springer, 2008).

En tercer lugar, las circunstancias más recurrentes por las que los niños son reclutados en los grupos no necesariamente están asociadas a su incorporación a la fuerza, el abandono familiar o el maltrato infantil. De hecho, varios de los niños y jóvenes de esta investigación y de otras, constatan que se vincularon al grupo armado *de manera voluntaria*. Aunque en Colombia esta es una afirmación que causa enormes controversias, es importante indicar, que la exaltación de las formas de violencia a través de las armas, la intimidación a los débiles, el negocio de la muerte y la legitimación de relaciones de poder mediante la fuerza, son entre otros, los principales atributos de una construcción de subjetividades que, en estos niños y jóvenes, obedece a experiencias y construcciones de pasado que se han incardinado en su dimensión ontológica. En consecuencia, la pregunta por la fabricación de subjetividades en estos sujetos, además de necesaria, es pertinente dentro de los actuales procesos de intervención y de formulación de política pública.

### **1. El desafío de estudiar las subjetividades de niños, niñas y jóvenes ex combatientes del conflicto colombiano**

Uno de los aspectos que requiere un análisis detallado de estos trágicos acontecimientos es la dimensión sociocultural de este fenómeno, especialmente, aquella que se centra en la constitución de niños, niñas y jóvenes, quienes desde hace mucho tiempo, vienen siendo objeto de vinculación a la guerra, ya sea como víctimas, a través del despojo, el desplazamiento y la orfandad, o como miembros activos de estos grupos armados, lo cual hace más complejo el análisis de su condición, pues los ubica en una zona de indistinción entre víctimas y victimarios. En cualquiera de los dos casos es necesario preguntarse qué tipo de sujetos se están constituyendo en medio de experiencias asociadas a la guerra, la muerte, la intimidación, la venganza y el miedo: ¿en qué ámbito de lo psíquico y lo social puede ubicarse el posicionamiento de la violencia, dentro de la compleja relación sujeto – cultura? ¿Qué tipo de infancias se están configurando cuando los sujetos, desde muy temprana edad, están siendo parte activa del conflicto armado e, incluso, como perpetradores y victimarios?

La pregunta por la constitución de estos sujetos, en tanto que los procesos de subjetivación son planteados aquí como parte de fuerzas históricas en pugna, va más allá de los interrogantes asociados a las determinaciones histórico-culturales atribuidas a las teorías de la reproducción social, así como de las perspectivas centradas en las condiciones intrapsicológicas de los individuos, situadas generalmente en las dimensiones personalistas y contingentes de la conducta. Considerar que esas fuerzas históricas en pugna permiten desglosar los elementos de la subjetividad humana, es hacer un recorrido por el yo que emerge de los encuentros y desencuentros con la violencia

de individuos que se incorporan desde muy temprano a las prácticas de la guerra; es intentar acercarse a los procesos de rememoración de su experiencia a través del posicionamiento de sus recuerdos, las fracturas de sus olvidos o la evasión de acontecimientos en los que les correspondió situarse como víctimas o victimarios; es comprender que los niños, las niñas y los y las jóvenes de la guerra no son objetos pasivos que se colocan en el lugar de la perpetración o de la abyección, sino que están atrapados y atrapadas en unas relaciones de poder en las que las condiciones sociales e históricas y los órdenes en los que han estado inscritos, han ido modulando sus deseos, creencias y pasiones, al vaivén de la muerte y la destrucción.

Comprender cómo surge y cómo funciona la subjetividad, intentando superar esa dicotomía entre lo universal como dispositivo de constitución, y lo individual, en tanto estructura psicológica, requiere al menos dos planos de análisis. En primer lugar, el correspondiente a las fuerzas históricas que se incardinan en la experiencia del sujeto y los grupos sociales y, en el segundo nivel, el concerniente a los deseos y pasiones que irradian fuerza a sus prácticas sociales. En el primer caso, acogiendo los planteamientos del posestructuralismo, la subjetividad podría ser definida como formas de constitución del sujeto que responden al ser y estar en el mundo, conformados por grupos de sujetos que comparten espacios y tiempos, en los que confluyen intereses, prácticas, preferencias. Lo particular de este modo de estar juntos, es que las fuerzas históricas se ponen en pugna; los proyectos comunes, así como pueden contener cierta organización, se pueden volver disarmónicos y asimétricos y, aunque los regímenes políticos y económicos tiendan a capturarles, también pueden ser desbordados en su capacidad de contención y control.

El trabajo de Ignatieff (1999) revela que las sociedades que se encuentran sumergidas en las lógicas de los conflictos armados imponen nuevas formas de ser y que los ritmos de vida y las conexiones con las tecnologías de la muerte alteran la condición humana de sus actores. En consecuencia, se puede admitir que la emergencia de cierto desenfreno de un yo omnipotente, que participa en la guerra, no sólo surge de ese escenario en el que hacen presencia las tensiones entre tecnologías disciplinarias y tecnologías del yo (Foucault, 1991), sino que irradian otras extensiones y expresiones en pugna. La irrupción del deseo y las pasiones atraviesan la autoenunciación y el cuerpo; el sujeto empieza a incardinar una historia de fabricaciones que empuja la idea de querer ser algo que, tal vez, no puede ser. Aparecerán, entonces, nuevas experiencias que tendrán lugar en una zona de indistinción entre lo individual y lo colectivo, entre lo privado y lo público y entre la vida y la muerte.

Un elemento que aparece con notable incidencia en la constitución del sujeto de la guerra es esa dimensión del deseo y de las pasiones. En la perspectiva de Nietzsche, las pasiones no pueden ser reemplazadas por

las nociones de utilidad, normas y racionalidad que se erigen y circulan en el propio orden social. Esto significa que no sólo las instituciones y el sistema social configuran el sustrato ontológico y la intersubjetividad (Berger y Luckman, 1976), sino que lógicas diversas y contradictorias en las que surgen deseos, afectos e intereses, propician ese proceso de subjetivación que también se pone en tensión con la historicidad y los regímenes de saber y de poder. En consecuencia, así como existe un plano histórico y sociocultural que incide en la constitución del sujeto, también opera una dimensión de la experiencia que está matizada por el deseo y las pasiones, que se reconstruye en diferentes ritmos temporales y en varias escalas espaciales que no siempre se reconcilian. La articulación de los planos del pasado, el presente y el futuro será producida alrededor del deseo, como respuesta a las prácticas oblativas que probablemente fueron impartidas bajo los dispositivos prototípicos del proyecto moderno, pero que hoy se sostienen y se confunden con nuevas prácticas, rituales y símbolos que están emergiendo como consecuencia de las tecnologías de la guerra. El principal atributo de estas nuevas tecnologías, será dejar atrapados a estos individuos en una matriz de poder en la que la voluntad de transgredir se pondrá en tensión con las lógicas de la obediencia que, en particular, para los grupos armados, funcionan como sus principales modos de agencia.

### *1.1 La constitución subjetiva del guerrero en los marcos sociales de la violencia: inscripción histórico-cultural*

Se puede señalar de manera simple que, en el marco de las funciones del Estado nacional, una de sus obligaciones centrales es la de fungir como contenedor de esa violencia que transita por las más extrañas individualidades de algunos de sus ciudadanos e, incluso, de aquella que emerge de las diversas formas de socialización producidas por éstos. Violencia que combate, pero que, a la vez, supone su monopolio. Esto significa que, además de abogarse el papel de contenedor y regulador, el Estado, por lo menos aquel que opera bajo los principios de la Modernidad, adquiere su legitimidad a través del ejercicio –excepcional- de la violencia.

En su ensayo denominado *Para una crítica de la violencia*, Walter Benjamin (2005) introducía el problema de la violencia a partir de una distinción muy útil en la que trazaba una tipología de violencia como dato natural dado y otra, que le interesó analizar, que procedía del derecho positivo como acontecimiento histórico instalado en el devenir. El elemento más importante para sostener la condición de autoridad y legitimidad de un pacto, un sistema regulador o, en este caso, el concerniente a los elementos constitutivos y funcionales del Estado, es ganar los atributos necesarios para administrar la violencia, monopolizarla y garantizar que ningún individuo, en su estado natural, la emplee. Si eso llega a ocurrir, el Estado deberá defender los fines



del derecho, utilizando los medios que estén a su alcance, como las sanciones, las condenas y hasta la pena de muerte, de tal modo, que se conserve el derecho.

Dentro de los medios que creó para alcanzar sus fines, el Estado se amparó en la militarización, pues una vez fundó el derecho, incluso gracias a las conquistas producidas por las huelgas, las revueltas y las revoluciones, acudió a las fuerzas militares para conservar esos derechos, pero también, para evitar que se fundaran otros que podían ser alcanzados por estas mismas vías y que, tal vez, pudieran alterar sus principios ordenadores. Sin embargo, hay un componente que disloca esta lógica del Estado en su papel de garante del derecho positivo, incluso, bajo el uso ilimitado de la fuerza. Según Benjamin (2005), a lo largo del siglo XIX y principios del siglo XX, el uso indiscriminado de la violencia de Estado y su incapacidad para el cumplimiento del derecho positivo, pese a la tradición contractualista que había inaugurado el liberalismo, hizo necesario el surgimiento de la institución policial.

El surgimiento de la policía, más que un instrumento para el control del propio Estado, frente a sus excesos, es el posicionamiento de un referente de desconfianza, es el agente que acompaña la duda en la que queda atrapado el vínculo social entre los individuos. Según Benjamin (2005), aquellas relaciones de confianza, credibilidad y buena voluntad que existían entre los individuos fue rápidamente alterada por la existencia de una lógica en la que la violencia y su correlato de miedo, especialmente, el legitimado a través del monopolio del Estado, empezó a mediar las relaciones sociales y la matrices culturales que se produjeron en la vida cotidiana. La vida, aunque es el fundamento del orden social y el derecho positivo, es, a la vez, el símbolo que amenaza el orden y el objeto de la destrucción.

En otra dimensión del problema, este fenómeno sobre la vida y su condición insacrificable, alterada por la presencia de la excepcionalidad que opera a través de la eliminación de lo humano, a propósito del monopolio de la violencia por parte del Estado, también fue examinado por Giorgio Agamben (2003). A través de un análisis que realiza al concepto de *estado de excepción* en Carl Schmitt, Agamben afirmará que esa zona jurídicamente vacía en la que se admiten los excesos y están presentes los actos inhumanos que superan el umbral del derecho positivo, es un elemento esencial en el sostenimiento de los Estados modernos, así como en el funcionamiento de las guerras. Episodios que en su propia dinámica, deslocalizan y dislocan el orden jurídico-político de cualquier sociedad.

No es algo que deba ser considerado como una reaparición del estado natural de lucha de todos contra todos [...] No se trata, pues, de un regreso de la organización política hacia formas superadas, sino de acontecimientos premonitorios que anuncian,



como heraldos sangrientos, el nuevo nómos de la tierra, que (si no se pone radicalmente en entredicho el principio en que se funda) tenderá a extenderse por todo el planeta (Agamben, 2003:55).

Esta angustia que planteaba Agamben en su tiempo confirma que los dispositivos creados por los Estados modernos como excepcionalidad, no sólo fueron capaces de construir los medios suficientes para posicionar la violencia como un acto legítimo y heroico que, incluso, llegó a ser reconocido como una pieza fundamental en los movimientos nacionalistas, sino que tuvieron la iniciativa de diseñar amplios sistemas de excepcionalidad en que los excesos, los actos mortíferos y la perpetración estaban calculados y transitaban por una zona de vacío que superaba el umbral de lo instituido. El *homo sacer* es, en efecto, insacrificable y, sin embargo, cualquiera puede matarle. La modernidad abandonará la idea de lo sacrificial y la colocará en el lugar del *homo sacer*, una vida expuesta a una violencia sin precedentes que se empezará a manifestar a través de innovadoras formas de eliminación, caracterizadas especialmente por contener un carácter profano y efímero.

Las condiciones en las que se ha construido el estado nacional en Colombia, así como sus diversos mecanismos civilizatorios para adquirir las nociones de lo moderno, instalar instituciones reguladoras, fortalecer el sistema económico e introducir políticas de conocimiento, paradójicamente, ha traído consigo la constitución de un orden social difuso que ha sido encarnado en los sujetos. Especialmente, ha sido la guerra, en tanto excepcionalidad y política de Estado, el vector de la legitimidad política y de la acumulación de capital implementado por varios sectores hegemónicos. En consecuencia, sin apelar a determinismos socioculturales, este es un plano que tendrá una particular incidencia en la configuración de los sujetos que, en este caso, desde niños, niñas y jóvenes se instala en las prácticas y representaciones adscritas a las lógicas de la guerra<sup>7</sup>.

### 1.2 El guerrero y el deseo: inscripciones psíquicas

Uno de los planteamientos más reveladores de Freud en su trabajo difundido como *De guerra y muerte*, escrito en 1915, es el reconocimiento

<sup>7</sup> Desde Clausewitz, pasando por Ignatieff (1999) y Joxe (2002), hasta llegar a Derrien y Pécaut, conocidos como los teóricos contemporáneos de la guerra, se puede afirmar que, en el entendido que la guerra es un conflicto violento entre grupos organizados, alrededor de disputas estatales e interestatales, lejos de acciones episódicas, Colombia, además de estar sumergida en la prolongación de un conflicto armado -según el Instituto de Investigaciones para la Paz de Estocolmo-, se está introduciendo en lo que algunos analistas denominan las nuevas guerras o las guerras codiciosas, las cuales se caracterizan por deslindar la dimensión ideológica de la confrontación y operar bajo las lógicas del capital y el control de los recursos. Aunque algunos analistas y estudiosos del tema dan por hecho el paso hacia una nueva guerra, otros señalan que Colombia vive una guerra con características de las viejas, las nuevas y las codiciosas, simultáneamente. Sin embargo, Pécaut insistirá que esta es una guerra contra la sociedad, en tanto son los más vulnerables, los que han terminado convirtiéndose en objeto de la miseria y las desigualdades (Zuluaga, 2004).

que también realiza a la violencia procedente del Estado y su monopolio como sustrato del derecho y la legitimidad. Lo que pone en crisis a las sociedades y las desboca a la producción de múltiples violencias que, en realidad, parecería son las expresión de una sola (Pécaut, 1998), es el fracaso de los referentes simbólicos de regulación y de contención por parte de las instituciones y las estructuras sociales. Es en ese momento cuando el individuo, desencantado por la unidad artificial que no logró sostenerse, procede al ejercicio de una violencia que se había contenido y que empieza a expresarse como respuesta a la renuncia de aquello que la cultura, el sistema social y la educación habían restringido. Es este el planteamiento que en Freud da cuenta de una articulación entre la cultura y la estructuración psíquica de los individuos.

La cultura se adquiere por renuncia a la satisfacción pulsional, y a cada recién venido le exige esa misma renuncia. A lo largo de la vida individual se produce una trasposición continua de compulsión externa a compulsión interna. Mediante unos aditamentos eróticos, las influencias culturales hacen que, en proporción cada vez mayor, las aspiraciones egoístas se muden en altruistas, sociales [...] De tal modo, el individuo no recibe sólo la influencia de su medio cultural del presente; está sometido también a las influencias de la historia cultural de sus antepasados (Freud, 2002: 37)

Acercarse a un análisis de la estructura psíquica del individuo que emplea la violencia, a través de aquellas zonas de vacío en las que las instancias de la pacificación y la regulación se agotan, implica situar algunos de los elementos centrales de la discusión psicoanalítica, sobre todo, la referida a esa relación cultura-individuo que Freud analizó a la luz de las pulsiones que hacen parte de la condición humana, no como predeterminación genética, sino como parte de las dimensiones ontológica y psicológica, que se irradian y se profundizan, en tanto deseo y erotismo. Inspirado en Freud, Lacan señalará a lo largo de varios de sus trabajos, que la violencia transita por tres niveles. Por un componente simbólico, uno que la materializa y, otro, que la proyecta como efecto en lo real.

En el primer caso, la violencia se engendra en significantes que pueden estar originados en la cultura, la historia y el devenir de los sujetos. Las palabras, los códigos y la ley, por ejemplo, pueden constituirse en los referentes para la organización de las prácticas sociales y el mutuo entendimiento entre individuos y grupos sociales. Sin embargo, estos referentes que racionalizan la condición humana, también pueden convertirse en el punto de quiebre al lazo social, es más, pueden ser el promotor de su fracaso, como se puede observar en el Estado y su monopolio de violencia, analizado ampliamente, desde varios ángulos, por Benjamin, Agamben y el propio Freud. Ese intento por organizar a los individuos puede llegar incluso a desestabilizar los mecanismos

que contienen sus propensiones al daño y producir un escenario en el que el cuerpo y el mismo significante, se convierten en el receptáculo del sufrimiento y el dolor, a través del ejercicio de la violencia.

De este modo, la violencia como materialización de un desenfreno que está latente en el individuo, puede llegar a los niveles más ilimitados del horror y el sufrimiento. Una vez aparece y se inclina hacia la perpetración, no cesa. En este caso, la propensión hacia la muerte y la transgresión que el individuo incita a través de sus propios actos, no se detiene por la presencia de mecanismos que le amenacen o que, atendiendo a razones, pudiesen limitarlo. En la esfera de la teoría de Freud, tanto en la exaltación como en el silencio, la violencia halla una fuerza potenciada por la agresividad, la rivalidad y la acción de las pulsiones.

En cuanto al acto, la violencia adquiere su componente social, produce alcances incalculables y desborda en diferentes ritmos temporales y espaciales, el deseo, la agresividad y el goce. Por eso, cuando Lacan (2009) analiza el acto violento, coloca en el centro de su reflexión el cuerpo y la reducción del otro como objeto. Esto indica que el otro, se vuelve centro de la satisfacción pulsional, es el objeto que sirve de deleite y de goce, lo que abre el camino, no sólo para destruirlo mediante la muerte, sino para implementar toda clase de acciones que lo ubican en una zona de humillación, sometimiento y abyección.

Uno de los aspectos más importantes en los trabajos de Lacan (2009) sobre la violencia es la distinción entre el acto y la huella. La huella, planteada aquí como un tercer nivel en la producción de la violencia, es todo aquello que representa sus efectos y sus marcas. El poder de la violencia no sólo se evidencia en el acto, sino en las marcas perpetuas que deja, en los contenidos que deposita en el cuerpo y las estructuras sociales, y en los referentes imborrables que incorpora. Allí es donde se despliega otro elemento vivo en la constitución y en la subjetividad de los individuos, pues cuando la palabra pierde su condición de mediación, al producir la referencia del otro, se convierte en pura violencia.

Esto significa que la degradación de la humanidad del otro se naturaliza de entrada a través del debilitamiento de la palabra, lo que conduce a su correspondiente reducción, volviéndolo objeto y, por consiguiente, desconociendo su condición de sujeto deseante. La violencia que se engendra bajo la omnipotencia del yo deseante, supone la negación de la subjetividad del otro; por eso, en Lacan esa violencia implícita es silenciosa, se va encuadrando, de tal modo que, más adelante, puede volverse explícita como expresión de deseo y de goce, un singular ejercicio de poder que, en realidad, es el efecto de la pulsión. En esta etapa, ya no median ni la palabra, ni el símbolo por lo que se materializa como marca. Esto permitiría afirmar que si bien la violencia transita por los laberintos del significante y la acción, una vez el sujeto abandona la palabra y elige la violencia, a partir de esta última, constituye su propia subjetividad.

En un escenario interdisciplinario, las subjetividades de niños, niñas y jóvenes combatientes deben ser analizadas a la luz de esas condiciones sociohistóricas en las que las matrices culturales engendran violencia, como parte de fuerzas históricas en pugna. Sin embargo, de otra parte, la dimensión psíquica de estos individuos, cuya principal manifestación es la reducción del otro a objeto o, a través del deseo y el goce, en tanto efecto de las pulsiones que escapan a la contención institucional, es una condición humana que termina inscribiéndose en las estructuras sociales y en las condiciones históricas. Las dos coexisten, se entrecruzan, son parte de dos esferas que, aunque diferentes, se funden en un patrón ontológico que se despliega bajo las particularidades de las circunstancias temporales y espaciales. Esta articulación, a veces espontánea y, en otras ocasiones direccionada, puede impulsar la violencia, la puede contener, aplazar e incluso, la puede dejar atrapada en medio de los propios referentes simbólicos. Es importante recordar que, al final de su obra, Lacan (2009) consideró que la palabra y el símbolo, en lugar de ser la disyuntiva de la violencia pueden convertirse en el punto de partida fundamental para su exacerbación.

## 2. Aspectos epistemológico- metodológicos

La investigación se realizó bajo la perspectiva de lo que Elizabeth Jelin (2002) denomina *la rememoración*, experiencia que si bien no es reconocida como un método en el campo de la investigación en Ciencias Sociales, se ha constituido progresivamente en un recurso importante para reconstruir las experiencias de pasado en sociedades que han estado atravesadas por conflictos y experiencias traumáticas, con la intención de contribuir a que los actores (víctimas y victimarios) narren lo ocurrido y se promueva la verdad y la reparación, en especial, partiendo de las experiencias de aquellos que han sido silenciados y ubicados en el lugar del olvido. La investigación orientada por la memoria y la rememoración<sup>8</sup>, exige reconstruir las experiencias de pasado desde la voz de los actores, visibilizar los aspectos centrales de sus tramas de significación y enfrentar las zonas borrosas en las que habitan recuerdos y el olvido.

Es importante advertir que la presente investigación no pretende convertirse en un proceso de intervención psicosocial. Sin embargo, es necesario reconocer que el acto de recordar implica que los sujetos tengan una experiencia pasada que se activa en el presente por un deseo o sufrimiento, los cuales, eventualmente, pueden estar unidos

<sup>8</sup> Paul Ricoeur (2002) ha manifestado que en los procesos de rememoración el recuerdo pasa de la representación de lo ausente a aquello que se vincula de manera significativa a la impresión original y a la perseverancia de la afección. La representación, entonces, ya no estaría determinada por la evocación, sino por la incorporación de lo vivido al sistema –cognitivo y pragmático- ya construido, lo que le da un carácter reconstructivo y edificante.

dependiendo de las intenciones del narrador o el investigador (Jelin, 2002: 27). Esto indica que diversos mecanismos sociales y psíquicos entran en juego, especialmente cuando las narrativas giran en torno a las experiencias de lo extremo, en condición de víctimas-victimarios.

Los ejercicios de rememoración fueron realizados con tres ex combatientes de las FARC (dos hombres de 15 y 16 años y una mujer de 16) y un desvinculado de un grupo paramilitar (de 15 años). Se realizaron varias sesiones en las que, de manera espontánea, narraron actos, opiniones y, en general, situaciones en las que se posicionan como protagonistas, en ocasiones como víctimas, en ocasiones como victimarios. Adicionalmente, mediante la narración también manifestaron añoranzas, aspiraciones y deseos, ya sea para hacer una nueva vida en su actual condición de desvinculados o para volver a su oficio de guerreros.

Las narraciones fueron transcritas y analizadas a través del programa de computador Atlas Ti. Este dispositivo permite almacenar los documentos primarios, -en este caso, las narraciones-, introducir datos de otro tipo de documentos -en este caso, informes e investigaciones referidos al tema-, identificar categorías de análisis a partir de las recurrencias que el programa rastrea en los textos, y graficar relaciones, asociaciones, analogías, subordinaciones, entre otros procedimientos. Una vez almacenada la información y desarrolladas estas operaciones, se procedió a avanzar en el análisis, bajo las siguientes consideraciones.

### *2.1 La incorporación: «Mirar guerrilla, era como estar mirando aquí el ejército»*

Uno de los elementos centrales en las experiencias de niños, niñas y jóvenes que han pasado por experiencias asociadas al combate en un grupo armado, es el de su proceso de incorporación. Las hipótesis planteadas en algunos informes y trabajos de investigación sobre el tema, en el que se pretende insinuar que asuntos como el maltrato familiar, el analfabetismo y la falta de contención de la escuela, surgen como causas constitutivas de los procesos de reclutamiento son posiblemente refutables, a partir del repaso que cada uno de estos sujetos realiza a su propia experiencia. Si la familia y la escuela no logran contenerlos es porque el orden social en el que han nacido y crecido no ofrece otras perspectivas de mundo. La presencia de grupos armados, la imposición de reglas de juego al tenor de los tiroteos, masacres y fusilamientos, el posicionamiento de prácticas y representaciones encargadas de ubicar siempre a un enemigo, un *sapo*, alguien contrario, con el que no es posible convivir en la diferencia, salvo que medien negocios que les benefician son, entre otras, las principales condiciones que hacen que estos sujetos naturalicen su propensión a hacer parte de un proyecto con estas características.

[...] lo que más ve uno frecuentemente por allá, por esos lados y, uno en ese tiempo, le estoy hablando, como en el 2000, más o menos, pues en ese tiempo, mirar guerrilla, era como estar mirando aquí el ejército, era normal, operaban en esa zona, no dependían de motivos...ya que la presencia de la guerrilla es normal... porque siempre, o sea, por lo que yo me crié en ese campo de zona guerrillera. Entonces, yo ingresé porque eso me parecía como bacano, me motivaba de pronto, el ambiente, como ellos mantenían y todo eso. Eso fue a mis 7 años (Ignacio, 16 años, entrevista personal, ex combatiente de las FARC).<sup>9</sup>

Para varios, el orden social es, en esencia, un conjunto de individuos y grupos cuyas formas de entendimiento se basan en la fuerza, la muerte y la hegemonía de unos sobre otros, a través del control del territorio. Por eso, además de naturalizar su posible vinculación a la guerrilla o a los paramilitares como algo posible una vez llegue el momento, los niños, las niñas y los jóvenes que han pasado por estas experiencias, consideran que incorporarse puede ser un logro significativo en sus vidas, sinónimo de exaltación social; incluso, puede volverse su proyecto de vida, pues primos, tíos, hermanos y, hasta padres, han participado en sus actividades y han mostrado que este es un estilo de vida que se puede construir desde los primeros años de vida.

Otro elemento llamativo es la asociación que realizan entre individuo rural y guerrero. Ser del campo es aprobar que se puede ser guerrero; habitar el espacio rural es introducirse en la lógica del conflicto, no hay escapatoria; la opción por un grupo armado desde la niñez es irremediable. Vincular al niño, chantajearlo, volverlo parte, introducirlo en los rituales y los secretos de un proyecto que manifiesta omnipotencia, son experiencias que, desde muy temprano, los vuelven parte de un universo que, aunque no sea comprendido en su magnitud es aprobado; en ocasiones se vuelve objeto de admiración y de deseo. Si bien las condiciones en las que se configuran esos órdenes sociales son diversas y contienen sus propias definiciones en cada región del país en donde operan grupos armados, esta naturalización individuo rural-guerrero, es un posicionamiento que abre paso a la incorporación de estos sujetos y a la opción de vivir la vida en la guerra bajo su propia voluntad.

La vida mía siempre ha sido de campo, la verdad es que yo nunca he sido de la ciudad. He sido criado en el campo, por eso la vida mía es, o sea, ha sido distinta a la que otros han tenido. Yo me crié en el campo desde que tenía como unos 5 meses, nací aquí y, luego, me llevaron por allá pa'l lado de Puerto..., más debajo de

<sup>9</sup> Los nombres y datos generales de los ex combatientes, así como los lugares a los que refieren, contenidos en estas narraciones, fueron modificados para cuidar sus identidades.



un lugar que se llama Puerto..., no sé. Es un sitio de zona roja<sup>10</sup>, sí, donde más frecuentan los paramilitares y la guerrilla (Ignacio, 16 años, entrevista personal, ex combatiente de las FARC).

## 2.2 El grupo armado y su cotidianidad: «éramos como una ley»

La vida cotidiana en el grupo armado consta de unas rutinas en las que cada quien siempre está ocupado. En medio de cualquiera de estas actividades siempre hay que estar alerta: la angustia habita la subjetividad de estos guerreros, el miedo es el sustrato que orienta sus relaciones sociales y el dispositivo con el que producen sus vínculos con el mundo. Vivir en el monte o en la selva, o realizar tareas de inteligencia en el pueblo o la vereda, significa vivir con la preocupación atravesada, implica asumir una angustia que invadirá hasta sus sueños y aspiraciones. No obstante, dada la necesidad de acomodarse a las circunstancias de ese orden, hay que aceptar la humillación y obedecer las órdenes de los superiores, insubordinarse representa el riesgo de abordar la muerte en cualquier momento. El mundo se experimenta al extremo, no sólo por el riesgo de un ataque, los sobrevuelos constantes del ejército y la policía, o la posibilidad de un asalto repentino, sino por las intimidaciones provenientes de los mandos medios y de los comandantes.

[...] en la guerrilla uno se levanta a las 3 de la mañana, se para a formación. Forma en fila y se canta el himno de las FARC y el himno nacional. Después, todos a sus puestos de guardia, otros a hacer ejercicio [...] algunos siguen durmiendo, otros se ponen a leer, a escuchar música, a jugar ajedrez. Cuando uno está en campamento grande, es un campamento donde hay luz y todo. En un campamento grande puede haber 1000 personas, 1000 guerrillas, 10 o 20 comandantes, y cada comandante tiene su escuadra, y dentro de cada escuadra pueden haber 70, 100 guerrilleros. También debe haber dos rancheros para que hagan comida todo el día y, esos dos, hacen comida, por ejemplo hoy sacan a otros dos, al otro día a otros dos, así. Me tocó cocinar varias veces. Allá el que no ranchara<sup>11</sup>, hace ejercicio, el que no hace ejercicio, presta guardia, el que no presta guardia, lava, y el que no lava, le hace aseo al fusil. (Luis Carlos, 15 años, entrevista personal, ex combatiente de las FARC).

Se combinan, así, la sumisión, la omnipotencia y la solidaridad. La sumisión, además de ser un medio para sobrevivir en medio de los mecanismos más arbitrarios de la convivencia en la estructura militar, es una condición de vida que se va interiorizando a medida que va transcurriendo el tiempo. La sumisión al comandante, al jefe de escuadra,

<sup>10</sup> Lugar en donde acontecen confrontaciones armadas por la disputa del territorio, la población y los recursos.

<sup>11</sup> Estar encargado de la comida. Hacer de comer para todos.



pero también a las figuras míticas, por ejemplo, las del secretariado de las FARC, son fundamentales en la constitución de la subjetividad del guerrero. La sumisión a las normas, protocolos y procedimientos militares, también ocupan un lugar central en las formas de socialización y en los modos de ser de estos individuos, pues la toma de cualquier decisión, incluso hasta las más íntimas, como tener una relación de pareja, o tomar un descanso, o comer algo en una hora diferente a la de las comidas, debe estar calculada y definida bajo los parámetros de *la orden*.

En segundo lugar, la solidaridad es un atributo muy importante en las prácticas que acompañan las tareas del guerrero. Acoger al compañero, o *darle caleta*<sup>12</sup>, como así lo afirman, es una expresión de apoyo, de presencia de alguien que le acompaña en medio de la angustia y los miedos que invaden su condición humana. Las prácticas propias del campamento o del combate siempre involucran la compañía del otro: el complemento entre el más experimentado con el que está aprendiendo, y el apoyo entre hombres y mujeres son permanentes. La construcción de mecanismos de afecto, apoyo y solidaridad son fundamentales, pues expresan que a la hora del combate, estos lazos pueden salvar la vida, pueden garantizar, al menos, recoger el cuerpo, y entregárselo a los familiares.

Por otra parte, la omnipotencia es, tal vez, el mecanismo de constitución de la subjetividad que más incide en las formas de ser y estar en el mundo para estos individuos. La etapa de entrenamiento es muy importante para introducir estas formas de omnipotencia: por ejemplo, cuando se le indica quién es el enemigo, qué hay que hacer con él, cuáles son las tareas que se deben adelantar para identificar a los contrarios y eliminarlos. La omnipotencia se traslapa con las dos anteriores – sumisión y solidaridad –, haciendo que las prácticas y representaciones propias del mundo del otro, del contrario, del diferente, sean anuladas y deslegitimadas, sin que medie mayor reflexión al respecto.

[...] pasamos como 6 meses en entrenamiento - fueron tres meses y después 9 meses - entonces, mientras tanto, duré tres meses de miliciano. Por ahí, me mandaban a hostigar al ejército, a boliarles plomo y a salir corriendo (Luis Carlos, 15 años, entrevista personal, ex combatiente de las FARC).

[...] como yo ya estaba amañada y ya sabía muchas cosas, pues obvio, yo dije: «¡ya no me voy!». Después querían que yo me fuera, pero yo ya no me quería salir, ya estaba amañada (Luz Esperanza, 15 años, entrevista personal, ex combatiente de las FARC).

En medio de las condiciones más agudas de la sumisión, aparece la posibilidad de ejercer el poder, de ser autoridad, de *ser como una ley*, según lo refiere Felipe:

<sup>12</sup> Organizar un lugar que sirva de lecho para pasar la noche.

[...] Nosotros éramos, o sea, como una ley, como alguien que pelea por algo. Un grupo que ayudaba cuando una persona le decía a uno: este man no me quiere pagar, entonces interveníamos. Tenían tres días para pagar la plata o, si no, se tenían que salir de ahí. Eso sí funciona, se llevan a la gente y la castigan por ahí... Esto sirve, de pronto, pa' que aprendan a ser un poquito serios, como a mí, que no me gusta la recocha con nadie... yo soy independiente (Felipe, 15 años, entrevista personal, ex combatiente de un grupo paramilitar)

Este recurso es sumamente importante en sus formas de constitución, pues el deseo, capturado por las más recias formas de control dentro de la estructura militar, se libera cuando hay que ejercer el control hacia otros. En la escena de verse con un contrario, de regular lo que ocurre en una vereda o en un municipio, el guerrero exagera su acción perpetradora, reduce al otro a la condición de objeto con toda la radicalidad posible y se introduce rápidamente en la labor de administrador de la vida y la muerte de los otros. Es la mayor expresión de poder posible, por encima del poder económico y político. Y todo esto es posible, cuando un miliciano, una patrulla guerrillera o un comando paramilitar penetra en la población civil y ejerce la autoridad que le otorga las armas y su misma condición de guerreros.

Los relatos de los combates muestran que los guerreros asumen que la vida y la muerte son episodios que casi siempre dependen de la voluntad de otros, lo cual los coloca siempre en un límite incierto, alterando su condición de humanos con derechos, y trastocando las nociones de lo sagrado y lo profano. Algunas narraciones abordan diversos episodios de la memoria en el que el niño, niña o joven combatiente tuvo que matar a su compañero, lo fusiló porque era una orden del *consejo de guerra*, lo enterró en cualquier lugar porque no había otra opción o, «simplemente», en medio de un combate, tuvo que abandonar el cuerpo herido y agonizante de su amigo.

[...] allá, el que no hace caso, o sea, si yo no hago caso, yo me porto mal, soy indisciplinado, si me gusta robar a los compañeros, ser grosero con los compañeros, pelear con los compañeros, a mí me dan consejo de guerra [...] En cualquier momento se reúne el consejo de guerra. Entonces, después de formar, dicen: le vamos a dar consejo de guerra al compañero porque últimamente se ha portado muy mal, ya cometió muchos errores, entonces necesito que me colaboren con el consejo de guerra. Si hay 50 personas en el consejo de guerra y si la mayoría dicen que sí lo maten, pues lo matan [...] Aunque a veces matan sin consejo de guerra [...] porque ya la han cagado mucho y no le dan ni consejo de guerra, sino que ya los comandantes los matan (Luis Carlos, 15 años, entrevista personal, ex combatiente de las FARC).

Por otra parte, es posible afirmar que vivir el combate despierta cierto frenesí en el que lo mortífero constituye un máximo de satisfacción. Participar en un combate no sólo da prestigio dentro de la estructura militar, sino que impone un modo de ser, ensancha el magma ontológico de su finitud y recompone los vacíos y ausencias promovidos por las formas de subordinación extremas en las que vive día a día. En consecuencia, aquellos que han tenido que enfrentar su derrota en el combate manifiestan que no se querían entregar, que debían dar la pelea hasta el final y que no se postrarían ante el enemigo, salvo que sea el último recurso para preservar la vida.

[...] Yo dije: prefiero hacerme matar, más bien, y me salí, sí, me salí otra vez pa' allá, donde me habían tiroteado. Me arrastré, me tropecé con un bejuco y me hizo ver el diablo, pegué un grito y los soldados me escucharon por allá. Cuando me di cuenta, como a unos 15 metros, venían despacio, agachados con su fusil en guardia y, así, de medio lado, yo pues lo único que hice fue quitarme las pecheras que tenía, dos granadas y un fusil. Yo me dije a mí mismo, dejo el fusil y las pecheras a un lado para que sepan que no les voy a disparar. Esperé que se arrimaran más y más, no les grité ni les dije nada, simplemente esperé que llegaran, porque se me vinieron bien de frente, cuando uno de esos manes me miró y dijo: ese man está como pálido, él no me hizo nada, yo tampoco, nos quedamos mirándonos así, como unos 5 minutos (Ignacio, 16 años, entrevista personal, ex combatiente de las FARC).

### **3. A manera de cierre: lo que implica habitar el intersticio de la víctima y el victimario**

Preliminarmente, se puede concluir que las experiencias narradas por estos ex combatientes otorgan varios marcos explicativos para avanzar en la comprensión de las subjetividades que estos individuos han fabricado durante su corta vida. Hay así, algunas consideraciones en relación con una construcción de subjetividades en las que los aspectos socio-culturales y la dimensión psíquica, en sus mutaciones y continuidades, desempeñan un papel central. Por otra parte, se observa un flujo de enunciados referidos a las experiencias de pasado que corroboran las complejidades que circulan en ese intersticio que comprende su condición de víctimas-victimarios. Finalmente, emergen también unas particularidades epistemológicas y metodológicas en relación con la memoria y la rememoración que sobresalen por su carácter divergente, en el marco de los actuales debates sobre la investigación social.

En primer lugar, las voces de estos ex combatientes muestran cómo los escenarios sociales y las matrices culturales en las que nacieron y crecieron constituyen marcos sociales de violencia en los que quedan

atrapados desde sus primeros años de vida. La presencia de grupos armados, la implementación de autoridades no estatales que introducen los ideales de la perpetración y el horror, y la costumbre de la muerte, son los principales referentes que contribuyen a una construcción de mundos de vida en los que se incardinan prácticas y representaciones asociadas a la negación del contrario, la destrucción del oponente y la ilegalidad como expresión de oportunidad. Sin duda, las explicaciones genealógicas de estos marcos sociales de violencia, están pendientes por investigarse desde los Estudios Sociales, siempre y cuando avancen en clave interdisciplinaria y en perspectiva decolonial.

En segundo lugar, las narraciones de estos desvinculados reflejan las transformaciones ontológicas profundas que devienen como parte de la sumisión, el miedo y la omnipotencia que impone la construcción de un nuevo estilo de vida, una vez se hacen guerreros. Los ideales de la destrucción, de lo mortífero, de la transgresión, conducen a la emergencia de un ser que se autoconstituye en la sobrevivencia, pero también en la deshumanización que lo empuja a la producción de los actos adscritos a la perpetración.

Atendiendo a las diversas categorías<sup>13</sup> surgidas dentro del proceso investigativo, se puede afirmar que algunas de éstas empiezan a dar cuenta de las particularidades que contiene esa zona ambigua y vacía de víctimas y victimarios. En la etapa de vinculación y reclutamiento, las experiencias refieren, con excepción de la niña, a unos procesos voluntarios y progresivos de enfilamiento que no reflejan mayores traumatismos. Sin embargo, el proceso de formación de guerrilleros o paramilitares es sumamente complejo porque introduce a estos sujetos en nuevas prácticas que hacen ruptura con sus anteriores actividades, y que los colocan de frente a unas situaciones en las que no sólo pondrán en riesgo sus vidas, sino en las que deberán decidir sobre la vida de otros. Esta es pues, una experiencia extrema en la que se colocan en el lugar de las víctimas.

Sin embargo, en esta misma etapa de «formación», llama la atención la rapidez con la que se instalan en estas nuevas lógicas. A través de las diversas experiencias que cada uno construyó, resulta interesante la manera como se adaptan a la vida militar y como incorporan las funciones de los guerreros. En la etapa de formación, se vuelven piezas eficaces de una máquina de guerra en la que sus habilidades afloran con fluidez y dominio. Este es el momento en el que transitan de la víctima al victimario, pues no sólo aprenden a combatir y sobrevivir, sino que son capaces de aprender a utilizar las tecnologías de la muerte. Así mismo,

<sup>13</sup> Las categorías referidas a la perspectiva de género y a los procesos de «formación» de guerrilleros y paramilitares son desarrolladas en el informe final de la investigación. Por delimitación y extensión, no fueron abordadas en este artículo.

de manera magistral, aprenden a realizar operaciones en las poblaciones, apoyados de sofisticados mecanismos de intimidación. En suma, se imponen de manera efectiva, a través de la investidura del guerrero, momento en el que sin duda, exacerban su condición de victimarios.

Las prácticas producidas en la vida cotidiana, se esté o no en el combate, son también sumamente especiales. En la vida cotidiana del campamento, estos sujetos viven con el miedo al límite, pues cualquier error les puede costar la vida. Las experiencias vividas dan cuenta de manifestaciones de sometimiento y subordinación extremos, que tienen su máxima expresión en su incondicionalidad frente a las decisiones que profiera el consejo de guerra, el comandante o el jefe de la cuadrilla. Estas formas de vivir la vida en la cotidianidad, los ubica como víctimas de un sistema social que los despoja de cualquier posibilidad de autonomía o decisión y que les impone modelos de organización y regulación opuestos al sistema *civilizatorio occidental*<sup>14</sup>. No obstante, cuando es necesario ir al combate, realizar ciertas funciones con la población civil, realizar avanzadas militares frente a los enemigos, se desfoga el victimario.

En este momento, el victimario no da cuenta de derechos, desconoce la humanidad del otro, impone su ideal mortífero, altera el lazo social y, por tanto, profana los ideales existenciales de una familia o de una comunidad, sin mayores remordimientos. En la vida cotidiana del guerrero, el enemigo es introducido en una zona de descontrol que se puede volver objeto de deleite como consecuencia de la omnipotencia que se arroga al empuñar el arma, ser parte de un grupo armado y haber identificado al oponente. La vida cotidiana implica, para estos niños, niñas y jóvenes, estar propensos a los abusos y vejámenes más agresivos y violentos por parte de sus compañeros y superiores, pero también, los insta a ejercer su dominio frente a los enemigos o los débiles, mediante el poder de las armas y el uso de las tecnologías de la muerte.

El paso por estas experiencias demuestran una modificación sustancial acerca de las concepciones modernas y eurocentradas de la infancia, frecuentemente asociada a la inocencia, la fragilidad, el juego y la escolarización. Los niños, niñas y jóvenes que han pasado por el intersticio de la víctima y el victimario, representan a los condenados, individuos que hacen parte de órdenes sociales difusos, los cuales proceden de los procesos de occidentalización propios de las sociedades moderno-coloniales, y de las máquinas de guerra que sostienen los conflictos armados. En consecuencia, son sujetos que, además de modificar sus patrones existenciales y las concepciones relacionadas con la bondad, la maldad, la justicia, la legalidad, la vida y la muerte, se han convertido en las generaciones del desarraigo y la perpetración, pero

<sup>14</sup> En la perspectiva de Norbert Elías (1987) este modelo civilizatorio representa la plataforma de asunción del proyecto moderno de occidente.

también constituyen las generaciones de la victimización, instrumento estratégico de gran utilidad para alimentar los procesos de legitimación de la «guerra contra el terrorismo» en la cual, los actores legales se posicionan, tanto en el orden local como global.

Finalmente, es importante señalar que la investigación social tiene en la actualidad una serie de desafíos que implican la construcción de referentes epistemológico-metodológicos que contribuyan a hacer lecturas de la realidad de otro modo, lejos de los determinismos y del uso de los conceptos hegemónicos de las disciplinas y de las ciencias sociales adscritas al proyecto civilizatorio de la modernidad. En particular, el trabajo investigativo sobre este objeto de estudio, el uso de criterios relacionados con la memoria y la rememoración, y el uso de instrumentos técnicos para avanzar en el análisis del corpus, en el marco de la investigación cualitativa, fueron aspectos centrales de este trabajo.

En suma, aceptar que los niños, las niñas y los jóvenes guerreros están ubicados en esa zona de vacío que representa la condición de víctima-victimario es un primer paso para acercarse a la comprensión de las subjetividades que han fabricado en medio de las experiencias de la sumisión y la omnipotencia que otorga el oficio del guerrero. Es importante indicar también que el llamado a la responsabilidad de los actos no es planteado aquí en términos de judicialización, sino en la perspectiva de la reparación y la construcción de la dignidad. Esto indica que la experiencia, entendida como una posibilidad de narrar y narrarse, a pesar de las condiciones trágicas en las que se hayan producido los acontecimientos, contribuyen a la configuración de un nuevo estatuto ontológico en el que se despliega el proceso de subjetivación.

### **Bibliografía**

Agamben, Giorgio. 2003. *Homo Sacer. El poder soberano y la nuda vida*. Valencia, Pre-textos.

Benjamin, Walter. 2005. *Para una crítica de la violencia y otros ensayos*. Madrid, Taurus.

Berger, Peter y Thomas Luckmann. 1976. *La construcción social de la realidad*. Buenos Aires, Amorrortu.

Eliás, Norbert. 1987. *La sociedad de los individuos*. Barcelona, Península.

Foucault, Michel. 1991. «El sujeto y el poder», en *Discurso, poder y subjetividad*. 165-189. Buenos Aires, El cielo por asalto.

Freud, Sigmund. [1915] 2002. «De guerra y muerte», en Fabio Giraldo (comp.), *Guerra y Muerte*. Bogotá, FICA.

- Ignatieff, Michael. 1999. *El honor del guerrero. Guerra étnica y conciencia moderna*. Madrid, Santillana.
- Jelin, Elizabeth. 2002. *Los trabajos de la memoria*. Madrid, Siglo XXI.
- Joxe, Alain. 2002. *Empire of disorder*. Nueva York, Semiotext(e)
- Lacan, Jacques. 2009. *Seminario 18. De un discurso que no fuera del semblante*. Buenos Aires, Paidós.
- Pécaut, Daniel. 1998. «La pérdida de los derechos, del significado de la experiencia y de la inserción social: propósito de los desplazados en Colombia». *Estudios Políticos* 14: 13-28.
- PNUD. 2003. *Conflicto: callejón con salida, Informe Nacional de Desarrollo Humano, Colombia*, Bogotá, Naciones Unidas.
- Procuraduría General de la Nación. 2006. *Seguimiento a Políticas Públicas en Materia de Desmovilización y Reinserción. Tomo 2*. Bogotá, Procuraduría General de la Nación
- Ricoeur, Paul. [1999] 2002. «Definición de la memoria desde un punto de vista filosófico», en Françoise Barret-Ducrocq (dir.), *Por qué Recordar*. 24-28. Barcelona, Granica; UNESCO.
- Springer, Natalia. 2008. *Prisioneros combatientes. Datos del primer informe exploratorio sobre el uso de niños, niñas y adolescentes para los propósitos del conflicto armado en Colombia*. Obtenido el 18 de octubre de 2008. Disponible en web site: <http://www.colombiasoyyo.org/noticias-de-colombia-soy-yo/>
- Zuluaga, Jaime. 2004. «La guerra interna y el desplazamiento forzado», en Martha Nubia Bello (ed.), *Desplazamiento forzado. Dinámicas de guerra, exclusión y desarraigo*. 81-96. Bogotá, ACNUR; Universidad Nacional de Colombia.